

«Me encontré en medio de una crepitante sartén de amores impuros.

Aún no amaba, pero deseaba amar, y hallándome en un estado de penuria más íntima, me hacía aborrecible a mí mismo por no sentirme más indigente. Comencé la búsqueda de algo que amar, pues amar quería».

VITA BREVIS

«Todo es ficción, pero todo es verdad».

JOHN FORD

*A mi tía Victoria, que me pedía que le leyera
el último relato.*

A mi madre, que sonreía mientras tanto.

A mi hija, que siempre está cuando miro.

A todas las mujeres.

*Desde su ventana la escritora miraba la calle desierta.
Se sentaba luego delante del cuaderno
y apoyaba en él el bolígrafo de tinta verde.
Solo escribía con ese color.
Le gustaba llenar las hojas de esa exuberancia de selva,
con letra menuda, hormiguíl, densa.
La escritora esperaba que, algún día, entre la espesura,
avanzara, abriéndose paso con golpes contundentes
de machete,
la palabra exacta.*

«La huella de un sueño no es menos real
que la de una pisada».

GEORGE DUBY

«La felicidad se cuela a menudo por una puerta que, inadvertidamente, dejaste abierta».

JOHN BARRRIMORE

In memoriam

Hace tres años que murió mi marido.

Ni un solo día he dejado de ir al cementerio.

Ni un solo día, que se dice pronto.

Hace tres años que ostento el calificativo de viuda, pero no me siento viuda, como tampoco me sentí nunca casada, porque tengo que reconocer algo: nunca quise a mi marido.

Quizá por eso no merecí ser feliz, quizá por eso él, adivinándolo, tampoco me quiso. Seguramente mis ojos al mirarle, o mis manos, flojas y como a la defensiva en las pocas veces que hicimos el amor, me delataran e hiciera que, poco a poco, me buscara menos o me odiara más.

Pero os aseguro que yo no soy la culpable.

Ni él tampoco.

Fue mi madre la que me impuso el novio y la boda.

Y fue su madre la que cerró el trato.

Ninguno de los dos somos culpables.

Como dote, mi madre me dejó todo el rencor que almacenaba en su alma tallado en la mía.

Yo, una niña tímida, callada, invisible, solo con mi padre me convertía en luz, junto a él las palabras y la risa me brotaban en cascada, tumultuosas.

Era carpintero, con toda la noche en su pelo, con la madrugada reflejándose en sus ojos y la armonía del mundo en su sonrisa. Además, era sabio.

Mi madre, celosa, acechaba como una hiena mis instantes de dicha en el taller que mi padre tenía en la parte de atrás de la casa, en donde, como un joven *Geppetto*, me configuraba muñecos con vida.

Y yo me dejaba querer y era feliz, hasta que ella llegaba y cerraba sus dedos impíos en torno a mi brazo, obligándome a salir del paraíso.

Cuando mi padre murió aquella mañana de esquinas, algo me escoció cruelmente en el pecho, como si me hubieran echado un puñado de sal en el corazón.

La pena, silenciosa y ocre, se me posó para siempre sobre los hombros, como un sudario perpetuo. Solo tenía quince años.

Tres años hace que ostento el calificativo de viuda.

Y ni un solo día he dejado de ir al cementerio.

Que se dice pronto.

Voy siempre por las mañanas y, algunas veces, por la tarde, como cuando tengo que llevar a mi madre al médico porque ya está muy mayor y necesita que la acompañe.

Solo me tiene a mí.

Voy al cementerio por la mañana temprano, y hablo.

Le cuento a Adrián las cosas que no hicimos, los sueños que he deseado y los que, estoy segura, soñó él.